

Universidad Nacional de Rosario Facultad de Psicología



Universidad
Nacional
de Rosario



Trabajo Integrador Final. Modalidad: Ensayo.

**La a-dicción. Entre lo no dicho y la
repetición: Avatares del lazo social en la
época actual.**

Autora: Camila Darder

Legajo: D-5450/1

Docente responsable: Pellicore Sandra

-2023-

Agradecimientos

A mi familia, que me permitió sostener anímica y económicamente los estudios en una ciudad diferente. Lo que no fue sin dificultades y percances en el camino. Especial mención a mi madre, que sostuvo mis alegrías y mis angustias. A mi grupo de amigas que formé en la Facultad de Psicología, y que hicieron de todo este trayecto un suceso inolvidable que hizo marca en mi experiencia.

A todos/as y cada uno/a de mis docentes en estos años, que me transmitieron de la mejor forma sus conocimientos. Javier y Agustina, que con su paciencia y suavidad acompañaron y mejoraron mi proceso de escritura potenciando mi deseo de escribir con sus interrogantes y aportes.

A mi novio que me acompañó a habilitarme cuando predominaban las inseguridades. A mi psicóloga, que alojo mis padeceres y mis relatos.

A mis mascotas que me acompañaron en cada mañana-tarde y noche de estudio. ¡A la Universidad Pública! con su excelencia, calidad y calidez. Por las posibilidades que nos brinda a los y las estudiantes, de formarnos de la mejor manera en vistas a contribuir al espacio social, comunitario y específicamente a la Salud Mental.

1

Índice

Resumen.....

3

Introducción.....	
4	
I En clave de época, una práctica sexual un tanto particular. Vestigios de pulsión.....	
5	
II Devenires del lazo social. Entre narcisismo y repetición.....	10
III Erótica de la palabra.....	14
IV Vestigios de realidad y malestar subjetivo.....	16
Reflexiones Finales.....	19
Referencias Bibliográficas.....	
21	

Resumen

En el presente ensayo se propone un abordaje de las adicciones a las drogas desde las consideraciones psicoanalíticas en su aspecto económico siguiendo la metapsicología freudiana. La problemática se circunscribe a vislumbrar la economía libidinal de las adicciones en el marco de las características que asumen los lazos sociales en la actualidad. En primer lugar, el aspecto pulsional como energía psíquica con tendencia a la descarga, muestra la importancia de un otro del lazo social que ponga coto a la desmesura pulsional. Desde estas reflexiones, se continúa en la vía de interrogar qué función vienen a ocupar las adicciones en el contexto de la fragilidad de los lazos sociales. También, se establece que en el medio social actual, cierta posición individualista y narcisista obtura por la vía de las adicciones a los tóxicos, la puesta en palabras del sufrimiento de modo que predomina un no decir que se repetirá como fuerza que pugna por posibilitar un decir. En el marco de la repetición, que busca una diferencia, se convoca a interpelar a las adicciones en su función en la realidad actual, develando el modo en que se entrelaza lo psíquico y lo social, desde una posición que se separe del prejuicio y de la valoración moral. Por otro lado, se reflexiona sobre la tendencia a huir

del pesar de la realidad por la vía de las adicciones a las drogas como una forma de hacer drenar ese montaje pulsional, a costos que el sujeto deberá pagar demasiado altos.

Palabras clave: Adicción - pulsión - lazo social - repetición - no dicho.

3

Introducción

En el presente ensayo se despliega una problemática de suma actualidad, que debido a su complejidad puede derivar a una apertura que implica múltiples campos. Pero se busca aquí vislumbrar lo que el psicoanálisis y específicamente la contribución más teórica de Freud con su metapsicología, desde el punto de vista económico, tiene para aportar a la problemática. Se ensayan, por lo tanto, argumentos, reflexiones e ideas acerca de una lectura en términos de la economía libidinal de las adicciones a las drogas. Esto en vistas a enlazar lo pulsional y el lazo social, en un abordaje posible sobre las adicciones y la época actual, el siglo XXI propiamente dicho.

¿Qué se escucha en lo que se dice con la palabra adicción? La oscuridad de la que está teñida el término convoca a cuestionarse. Sin embargo, así es nombrado por la Ley de Salud Mental y Adicciones N° 26.657. Por lo tanto no se puede dejar de hablar de ello en la Facultad de Psicología. Al observar que no son ingenuas las elecciones en

nominar y la perspectiva epistemológica que se adopte, elegir el término adicción y no remitir a los consumos problemáticos va en la línea de tomar posición acerca de que algo en la materialidad del término interpela respecto a lo que emerge como dicho y lo no dicho. En tanto que, cuando se dice, se dice a otros, se pone allí en juego un tipo de ligazón pulsional, en lo que hay de implicado (o des-implicado) libidinalmente en el lazo social. También, el concepto pone de relieve lo que está de más, la adicción, el exceso que por su parte, toma distancia de la categoría de abuso de sustancias, ya que interesa lo que se pone en acto a diferencia de categorizar los usos y/o abusos desde una lectura moralista, clasificatoria y patologizante que parte y acaba en un saber único.

¿Son problemáticos los consumos o son, más bien, problemáticas sociales que devienen en adicciones y excesos porque se entran con algo propio del aparato anímico? Tal interrogante destaca que en la metapsicología puede haber lugar para pensar la dimensión del lazo social. En este marco cabe aseverar que el capitalismo actual toma allí su parte ya que no se trata en este solamente de una forma de organización del trabajo sino que también establece modos de relacionarse con los otros.

Siguiendo los desarrollos de Benedetti (2015) no podemos perder de vista las variaciones a nivel de la subjetividad que se han producido en las últimas décadas en el mundo; la sustitución de la figura del ciudadano por la del consumidor introduce consecuencias que algunos autores llamaron liquidez, otros fluidez, y se sostiene aquí que no será sin repercusiones en la dinámica de los lazos sociales y, en efecto, en la vida anímica.

El alcance de lo pulsional ineludible en esta trama de la economía freudiana remite al empeño por situar desde un Proyecto de Psicología para Neurólogos (1895), cierto tipo de energía que circula y es capaz de transformarse y desplazarse. Comienza en un aparato nervioso neuronal para arribar al concepto de pulsión y así es que en esta encrucijada entre el neurólogo y quien pretende ir más allá, Freud (1992) entiende a la pulsión como medida de exigencia de trabajo impuesta a lo anímico y que opera como fuerza constante. A su vez, esta posee un carácter que le es inherente, un orden de repetición, que se entiende desde el presente escrito, como manifiesto en la adicción a los tóxicos al modo de urgencia subjetiva. Así es que aparece la exteriorización de la repetición como aquello que siguiendo a Freud (1995) procura perfeccionar el dominio de lo pulsional. En vistas a ello, si el psicoanálisis es convocado a dar testimonio, es porque en estas exigencias pulsionales que operan desde la repetición permite leer un movimiento y no únicamente el eterno retorno de lo idéntico.

Se pone el eje en la cuestión de interrogar qué función vienen a ocupar las adicciones en el contexto del lazo social, entendiendo a éste último como lo que según Pommier (2021) se crea cuando hablamos a alguien. Estas consideraciones sobre la premisa de que en la drogadicción la energética aparece como fuerza que tiende a la satisfacción directa. A su vez, estas ideas se fundamentan en que se entiende al aparato psíquico como un montaje de energía tendiente a la descarga. Sin embargo se añade aquí

4

cierto uso de la concepción de sujeto que pone de relieve que este aparato no se reduce a una interioridad anatómica sino que se da a conocer mediante sus manifestaciones, sus decires, y está determinado por razones inconscientes.

En tanto las condiciones de existencia no dejan de estar enlazadas con el acontecer psíquico, se sostiene la premisa de que las adicciones a las drogas en su aspecto más pulsional, podrían insertarse en un modo de enlace libidinoso con otros pero que en la actualidad se sustituye por la soledad de la satisfacción individual que se ve alentada por el capitalismo posmoderno occidental.

Freud (1992) sostiene un decir que adquiere gran pertinencia y actualidad:

No sólo se les debe la ganancia inmediata de placer, sino una cuota de independencia, ardientemente anhelada, respecto del mundo exterior. Bien se sabe que con ayuda de los «quitapenas» es posible sustraerse en cualquier momento de la presión de la realidad y refugiarse en un mundo propio, que ofrece mejores condiciones de sensación (p.78).

Las drogadicciones, operando como instrumento de independencia respecto del mundo exterior, remiten a interpelar las particularidades que de la trama social actual se filtran en este orden de excesos con las sustancias tóxicas.

En tanto las teorías son hijas de sus tiempos, el valor que se le atribuye a los desarrollos metapsicológicos de Sigmund Freud trascienden su contexto de producción, manteniendo gran valor y actualidad, aun cuando han sido planteadas a fines del siglo XIX y durante el siglo XX. Al respecto de la metapsicología, se sabe que los términos no derivan de un análisis biológico ni material de los fenómenos, podría agregarse, tampoco en el sentido de la física, sino que el autor aclara que se trata de especulaciones y aproximaciones. Esto es justamente lo que permite y habilita a seguir pensando al no producirse conocimientos acabados.

Se puede pensar a las adicciones como la exteriorización de una compulsión que manifiesta un excedente de intensidad a la vez que un exceso de carga psíquica sitúa una dificultad en el orden de la ligazón. Se entiende a ésta última a partir de Freud (1995) como una función preparatoria destinada a acomodar la excitación para luego tramitarla definitivamente en el placer de descarga. Si se contextualiza allí, que lo contemporáneo alienta a un hedonismo que propone el éxtasis del supuesto bienestar absoluto de la felicidad, se decanta que podrá iniciarse una carrera individual en búsqueda de más y más satisfacción, llegando incluso a una añoranza que buscará el camino más corto. No es novedad, que en este terreno que se entrelaza con lo constitucional y lo más pulsional del sujeto, comienza un movimiento de repetición que se satisface con un sufrimiento que en su vorágine prescinde de hacer lazo. ¿Hay algo en ello que insiste en ligar lo desligado? ¿Cómo se ve implicada la configuración actual de los lazos sociales en su dimensión libidinal? Son algunos de los interrogantes en términos de problematizar cómo se entrama el devenir pulsional en las adicciones a las drogas, como reclamo, en una época de fragilidad de los lazos sociales, y proponer un psicoanálisis comprometido con la realidad en tanto se configuran sufrimientos subjetivos que llevan las marcas de la época. Entonces aparece la dimensión de una pregunta que se abre sobre la función a la que obedecen algunos padeceres del sujeto en el marco del lazo social.

I. En clave de época, una práctica sexual un tanto particular. Vestigios de pulsión.

*En tiempos donde nadie escucha a nadie
En tiempos donde todos contra todos
En tiempos egoístas y mezquinos
En tiempos donde siempre estamos solos.*

5

La problemática que convoca al presente texto comporta una ineludible complejidad por lo que la dificultad está planteada de entrada. Ciertas aproximaciones a la temática permiten ensayar algunas consideraciones y ponen de relieve la importancia de que también se reconozcan las limitaciones en su abordaje. De ahí que se escoge aquí como una de las tantas vías posibles a lo que está implicado en la economía libidinal de las adicciones a las drogas.

Para comenzar, Laplanche (2016) establece que la energía pulsional es una energía de carga que proviene de fuentes internas y mediante un empuje constante le impone al aparato psíquico la tarea de transformarla. Esta transformación de energía se alcanzaría por medio de una elaboración psíquica que desde los presentes desarrollos se propone como favorecida por unos sólidos lazos sociales que estarían libidinalmente investidos. Por tanto, como fundamento Freud (1995) introduce que en el psiquismo existen dos fuerzas opuestas que aparecen mezcladas, asociadas en magnitudes variables. Estas son, la pulsión de vida o Eros que tiende a la conservación y la unión, y la pulsión de muerte (Tanatos) una fuerza psíquica, primordial y demoníaca que pulsa en el psiquismo y tiene como fin la desunión de las unidades, volver a lo inanimado allí donde se carece de las tensiones y la carga de excitaciones propias del vivir. Si se considera que estas pulsiones aparecen más bien, por las consecuencias que expresan, por lo tanto puede establecerse que como factor fundamental de los presentes desarrollos, los lazos sociales tienen que hallarse mantenidos en cohesión por algún poder y ¿a qué poder resulta factible atribuir tal función sino es al Eros que mantiene la cohesión de todo lo existente? Con estos motivos, se vislumbra entonces la idea y la apuesta a que el lazo social debe cumplir alguna función importante en la distribución pulsional que se pone en juego en las adicciones a las sustancias.

Cabe aclarar que en tanto la pulsión se establece en su carácter de apremio y empuje constante en lo anímico, esta tiende a la descarga de la excitación y de los niveles de tensión psíquica a la vez que a la satisfacción. En este sentido, es desde el psicoanálisis difícil de pensar dicha pulsión en su anhelo de satisfacción como desligada del modelo de la sexualidad que, por su parte, se concibe en un sentido amplio. En vistas a ello, lo libidinal remite al aspecto psíquico de la energía pulsional, “es una expresión tomada de la doctrina de la afectividad. Llamamos así a la energía, considerada como magnitud cuantitativa aunque por ahora no medible, de aquellas pulsiones que tienen que ver con todo lo que puede sintetizarse como amor” (Freud, 1995, p.86). Desde esta perspectiva “la libido permite medir los procesos y transformaciones en el ámbito de la excitación sexual” (Laplanche, 2016. p.211). El *quantum* libidinal queda entonces, en cierto punto indeterminado, porque como ya se ha mencionado, no se trata de energía en el sentido físico del término, sino que es energía de otra índole, ya que trae el condimento de que a su vez está marcada por todo un acontecer psíquico e histórico singular.

Por su parte, las consideraciones acerca de la sexualidad para el psicoanálisis se desligan de la biología y del fin exclusivo de la unión genital para habilitarse a un sentido más amplio. Pero ¿qué de esto le da fundamento al lazo social? Esto remite a que si se considera pertinente darle entidad a una erótica de lo social aquí, es en el sentido de que “la cultura obedece a una pulsión erótica interior que la obliga a unir a los hombres en una masa íntimamente amalgamada” (Freud, 1992). Para esquematizar la cuestión, se puede oponer la sexualidad instintiva animal a la sexualidad pulsional humana. Sobre esta base, se habla de pulsión y no de instinto. Mientras que este último, como característica congénita de la especie animal, se adapta a un objeto, la pulsión sexual por su parte, sin un objeto preestablecido al cual ajustarse, tiende hacia una satisfacción que en su trayecto se encontrará con desvíos y obstáculos que le son constitutivos aun en mayor medida en el mundo de la cultura y los lazos sociales. Porque si en la actualidad estos últimos toman nuevas configuraciones no implica que dejen de existir.

Por eso plantea Freud (1995) que las masas humanas poseen una forma de constitución y una estructura libidinosa, y que las aspiraciones sexuales cuyas metas se logran inhibir, consiguen crear relaciones duraderas entre los seres humanos. Esto lo explica por el hecho de que una de sus características es que, en tanto no hay objeto

que las pulsiones no son susceptibles de una satisfacción plena. Aquí comienza lo que se pone en entredicho con el fenómeno de los excesos con las drogas como deriva pulsional en los avatares del lazo social.

Entonces ¿qué tal si se considera, desde tales coordenadas, a la adicción a los tóxicos como una práctica sexual de un tipo particular? Pero así emerge la cuestión ¿cómo habría, en el orden de la sexualidad, una forma de prescindir del otro? Son algunos interrogantes que se despliegan con vistas a no perder el eje en la problemática sobre cierta función que podría venir a ocupar el lazo social en los vestigios de la pulsión. Esto sí se sostiene aquí como fundamento, que la drogadicción aparece como manifestación de una fuerza pulsional de desunión, sobre la base de un individualismo imperante en la época capitalista actual. En ello, la contribución metapsicológica, aquí abordada específicamente desde el punto de vista económico, podría ofrecer la posibilidad de prestarse para pensar la realidad del lazo social.

Al decir del maestro "Se me ha abierto la intelección de que la masturbación es el único gran hábito que cabe designar "adicción primordial", y las otras adicciones sólo cobran vida como sustitutos y relevos de aquélla" (Freud, 1895. p.314). Siguiendo estos desarrollos puede retomarse la idea de Lutereau (2021) que ubica que lo masturbatorio puede estar en un montón de conductas, puede obtenerse de actos de lo más diversos y aclara que la masturbación es el modelo del autoerotismo para Freud. En este sentido, nuestra sociedad es eminentemente masturbatoria. "Se dice que es "individualista" pero este término es la traducción social de una relación con el erotismo" (Lutereau, 2021, p.133). Por consiguiente sitúa el autor que en el mundo hipermoderno la manera de actuar es autoerótica y lo autoerótico tiende paradójicamente hacia la deserotización, vía la pulsión de muerte. Entonces, puede emerger una desimplicación respecto del acto, una desconexión, una especie de anestesia que a la vez hace existir una objeción al lazo.

Orienta a esta perspectiva, el motivo que desde los inicios, el padre del psicoanálisis reconoce una psicología social, al precisar que la condición del ser humano es indisociable de la relación con los otros y así se remarca la conocida declaración:

En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo (Freud, 1995, p.67).

Es en este sentido que podría tratarse en las adicciones, de lo que opera como un llamado, un reclamo a ese soporte psíquico que brindaría la erótica del lazo social a una energía libre que no puede emplearse de otro modo y, en consecuencia, anda suelta, con un rumbo impreciso. Tal consideración no es una propuesta a desconocer lo que de psicopatología aparece en las adicciones a las drogas en su carácter de malestar subjetivo, sino que desde el psicoanálisis puede leerse que en la insistencia y la repetición se busca una diferencia. Tal diferencia consiste en la inscripción psíquica de un límite a la pulsión en función de cierto dominio de la magnitud pulsional sin lo cual el desborde en el marco de la economía libidinal deriva en sufrimiento e impide poder hacer algo con el malestar de manera menos sufriente. Porque desde la perspectiva crítica no se trata de rechazar la patología, sino de interpelar sus razones, que no son sus causas, ya que no hay una relación unívoca de causalidad. Sin embargo, hay factores que contribuyen a la enfermedad desde los discursos imperantes de la época y que se filtran en los sufrimientos subjetivos, por lo que interrogarlos es imprescindible para ensayar modos de abordaje subjetivantes y humanizantes.

Las preguntas, los cuestionamientos, las contradicciones, van en contra del pensamiento ya listo y envasado que existe y se consume en el capitalismo hegemónico actual. Por tal razón, la invitación a llevar la teoría hasta sus últimas consecuencias,

desnaturalizar lo obvio y lo que aparece fijado como certeza, va en la misma dirección que la práctica de un análisis. Es decir, hacer que algo que aparece cristalizado se genere como

7

enigma. En una época en que se valora la velocidad y las soluciones inmediatas, remitirse a las bases y los fundamentos resulta un movimiento interesante hacia el cuestionamiento de qué función emergente puede tomar una urgencia subjetiva manifiesta, en el caso que aquí convoca, como adicción a las drogas. Se requiere, además, de un compromiso entre la teoría y la realidad para desmontar verdades de una realidad que opera como cotidiana. Si bien se puede hipotetizar desde la económica freudiana al respecto, no se desconoce que cada sujeto entrama estas condiciones con su historia singular a modo de determinantes inconscientes, un espacio que justamente escapa a la intención individual.

Situar el fenómeno de las adicciones desde el entramado pulsional supone que lo que emerge como repetición de lo no tramitado, de lo que anda suelto y sin límite, aparece junto al desencuentro de la posibilidad de ligarse por otra vía la cual desde la presente perspectiva se vincula estrechamente con la potencia de los lazos sociales.

Por su parte se sabe que el lazo social es un concepto que puede tomar múltiples formas. Pero si de lo que se trata es de concebir un compromiso con la realidad, esta se caracteriza en la actualidad, por una importante mutación en las formas que los seres humanos tienen de relacionarse y de consolidar vínculos. Dicha coyuntura, adviene con una tendencia hacia un individualismo, de modo que se podría sostener que ciertas rupturas en el fenómeno de unión ocurren por las características mismas de un particular ideal contemporáneo que es el capitalismo. En este sentido, el empuje a recurrir a un narcótico como “quitapenas” pone de relieve una tensión anímica que se vuelve insostenible y no encuentra otra salida que no sea la de un veloz escape. Porque el aplazamiento, la espera, soportar las angustias, no son los planes de la dinámica capitalista. Esto en un contexto que según Fromm (1956) necesita hombres queriendo consumir cada vez más con gustos estandarizados y que puedan modificarse y anticiparse fácilmente, enajenados de sí mismos y de sus semejantes. Si se obtura entonces, el encuentro con los otros, lo que opera como factor pulsionante aparece por alguna razón, buscando un camino de expresión más rápido y directo.

Pensar la cuestión social en estos términos, admite retomar los desarrollos freudianos para considerar que la ruptura de los lazos afectivos que garantizan una cohesión, hace que surja un miedo inmenso, al modo de una indefensión que retorna al sujeto a su prematuración y, a su vez, inmensidad que denota magnitud, algo que se suelta, y que podría ser producto de este desasimiento libidinal. Entonces, al desgarrarse estas ligazones que hasta entonces funcionaban como protección, efecto de las características de una época en que predomina el individualismo y la competencia, un peligro en cierto modo indeterminado, pero vivenciado subjetivamente podría constituirse en una amenaza para el sujeto. Es decir que, siguiendo a Freud (1995), el relajamiento de la estructura libidinosa de la masa y en tanto el individuo no piensa más que en sí mismo, en salvarse a sí mismo, implica un desanudamiento libidinal que lo deja inerme frente a fuerzas del mundo exterior e interior. Se considera que estas fuerzas podrían producir una desorganización en el orden de las catexias anímicas que se irá deslindando a medida que el abordaje del fenómeno de la metapsicología de las adicciones arroje algunas dilucidaciones. En síntesis, en la medida en que no hay otro que cuente como par, que haga lazo, que regule y marque un límite a los excesos, no habría un lugar como función, que contribuya a que la energía libidinal pueda ser ligada de algún modo por la vía del lazo social. Por consiguiente, aporta Lutereau, (2022) que en tiempos de fluidez, aunque las chances de contacto son cada vez más grandes, porque los medios se multiplican y se diversifican, las personas no dejan de decir que se

sienten solas. Asimismo, lo que le pone condiciones y hace trastabillar al lazo social también tiene raigambre en el propio sujeto. Al respecto, Freud (1992) sostiene que las inclinaciones agresivas de los hombres son constitutivas e inherentes a su naturaleza y la existencia de estas tendencias es el factor que perturba nuestra relación con los semejantes. Por ende, al ser humano es lícito atribuirle en su dotación pulsional una cuota de agresividad por lo que, el otro, el semejante como par no aparecerá allí solo como un posible auxiliar, sino también como la tentación para satisfacer la agresión, si no hay otra fuerza que ponga límite a ello. Tal como ello da la pista del modo de operar de una dotación pulsional de desunión, de ahí el interés que

8

se establece en proponer una lectura que entrama tanto al lazo social como a la dotación pulsional del sujeto en lo que se manifiesta en el fenómeno de las adicciones a las drogas. Por las características mismas de una sociedad regida por la eficacia y la eficiencia individual, sostiene Berenstein (2022) que las personas como individualidad, se tornan el centro de la propia planificación y elección de forma de vida en pos de una supervivencia y progreso individual. Así, las decisiones constituyen un mérito individual y solitario. Habría una propensión a lo solitario, que prescinde del lazo con otros, una aspiración a una innovación sin resto, sin desecho y sin otros. Entonces ¿cómo conjugar el individualismo imperante en la actualidad con la idea de Freud (1992) acerca de que si bien un fuerte egoísmo protege de la enfermedad, uno enfermaría si a consecuencia de una frustración no puede amar? Tal interrogante remarca que la distribución libidinal comporta en cada caso una complejidad inédita, y el orden mismo de un sistema social del que el ser humano no puede desembarazarse, ya que no puede estar fuera de él, signado por el individualismo contribuye a incrementar dicha complejidad.

Se acuerda con Lutereau (2021) en que “el desarrollo del neoliberalismo cada vez más ataca la posibilidad de que haya lazos y lo que caracteriza la idea de individuo es que no haya ningún tipo de lazo o compromiso que marque la relación con alguien” (p.151). Por lo tanto, ¿qué lugar tendría el lazo social en las adicciones en tanto estas últimas se caracterizan por un monto de energía libre, no ligada?

Se apunta a que en las adicciones opera un montaje de energía que tiende a la descarga total del aparato anímico el cual, por su parte, funciona como un aparato de cargas, en el cual las tensiones, las excitaciones, movilizan una energía psíquica que tenderá hacia la descarga total. Así, en la insistencia de estas fuerzas y tensiones que propenden a reducirse al máximo, recurrir al exceso y a la compulsión aparece como una deriva posible, un modo de operar con la excitación. Cabe aclarar, que este modo de proceder en lo anímico, también comporta algunos costos y consecuencias subjetivas. En este marco, Bauman (2003) destaca la característica de la instantaneidad como una satisfacción inmediata, en el acto, que sería a la vez, el agotamiento y la desaparición inmediata del interés. Por su parte, el empuje a la satisfacción pulsional podría aparecer en las antípodas de los lazos humanos. Así es que la enorme magnitud de excitación en juego que supone el consumo de las sustancias impulsa hacia esta descarga precipitada y masiva que hace vacilar a los lazos sociales. En esta misma dirección, la dimensión del acto pone de relieve que la deriva pulsional aparece como no *mediatizada* y sin interdicción en su magnitud de investidura, directa, en pos de sensaciones placenteras que a su vez, en el contexto actual se estiman independientes de la investidura de un otro que adquiera un lugar y también ponga límite a ese disfrute. En el marco de las presentes consideraciones contribuyen a estas satisfacciones, las drogas que prometen ocupar un lugar, y por la vía de su consumo propone unos placeres inéditos. Siguiendo esta idea cabe tener en cuenta que también la normativa legal de nuestro país se imbrica con los acontecimientos subjetivos e intersubjetivos. Se impone entonces para la reflexión, el artículo de la Constitución Nacional Argentina que le da estatuto específico al ciudadano como consumidor, dando cuenta de la importancia que dicho rol tiene en la sociedad

como un nuevo modo de habitar los tiempos y los espacios, consumiendo, y dando relevancia a proteger y regular el consumo como un derecho ciudadano.

El Artículo 42.- Los consumidores y usuarios de bienes y servicios tienen derecho, en la relación de consumo, a la protección de su salud, seguridad e intereses económicos; a una información adecuada y veraz; a la libertad de elección, y a condiciones de trato equitativo y digno. Las autoridades proveerán a la protección de esos derechos, a la educación para el consumo. (Constitución Nacional, 1994)

Pero como detalle se añade que algo del orden de la regulación aparece como necesario y así evidencia que en este ámbito se tiende fácilmente a los excesos cuya característica es desconocer lo que es del orden de la regulación. Asimismo “quedar fuera del consumo los deja excluidos del lazo social” (Bernstein, 2022, p.57). Y al quedar

9

excluidos del lazo social, quedaría por fuera la posibilidad de este último de marcar unos límites que pongan coto a los excesos. No es inocente tomar dentro de la amplia variedad de excesos propios de la época, a las adicciones a las drogas ilegales. Algo del orden de la ilegalidad, de lo que se escapa de la regulación se pone allí en juego.

Es siguiendo tales desarrollos que se propone pensar a las adicciones como energía pulsional que en su libre cauce buscará la satisfacción que erradique la tensión que se eleva en lo anímico, optando por el modo más rápido y directo. Es así que se configura un espacio donde se filtran y emergen rasgos de una sociedad marcada por la pérdida y precarización de los espacios de socialización, lo que en el entramado de la *catexis* psíquica produce una forma de padecer signada por la actualidad.

Los individuos son reducidos a engranajes concentrados sobre el valor de sus actos, valor que responde al mercado capitalista y sus equivalentes generales. Son robots, solitarios y angustiados, absorbiendo cada vez más las drogas que el poder les proporciona, dejándose fascinar cada vez más por la publicidad. (Guattari y Rolnik, 2006, pp.54-55)

En una sociedad signada por estos modos de individualización inéditos insiste la pregunta, ¿por qué no suponer que los lazos sociales funcionan como una protección de los desbordes pulsionales que pueden manifestarse como urgencias subjetivas? ¿Algo del orden del lazo social protegerá contra la adicción? De lo contrario, se fisuran entonces las defensas que se afanan en encauzar la libido de modo que una magnitud de energía psíquica que no hace lazo se libera. Esto sucede a un precio que el sujeto puede pagar demasiado caro en su economía subjetiva. En este contexto “Los pasajeros del avión del capitalismo liviano descubren con horror que la cabina del piloto está vacía y que no hay manera de extraer de la misteriosa caja negra rotulada ‘piloto automático’ ninguna información acerca del destino del avión” (Bauman, 2003, p.65).

Si la libido puede proteger al sujeto de la enfermedad, esto encuentra aquí algún sentido posible a la necesidad de amar para no enfermar, pero puede no encontrar en el espacio social actual, la posibilidad de hallar los medios y las *mediatizaciones*, que mantienen la estabilidad y conserven a raya esa descarga total del aparato anímico que se pesquisa como intento en drogadicciones. Así, los individuos aparecen como despojados de la coraza protectora de la ciudadanía y víctimas de las presiones individualizadoras. El conocido pasaje de lo sólido y consistente a lo líquido y fluido que singulariza a los tiempos actuales permite analizar en clave de época lo que se configura como escenario propicio para la liberación de los excesos, entre ellos, las adicciones a las drogas.

II. Devenires del lazo social. Entre narcisismo y repetición.

Ahora bien, entonces ¿por qué interesa la dimensión del lazo social en lo que hace a un escrito que se pretende acerca de la economía libidinal de las adicciones a las drogas? ¿Qué implicancias tiene tomar esta categoría que no es específica del campo del psicoanálisis? ¿De qué índole es el lazo al que se hace referencia? La apertura del campo para pensar la realidad actual permite la emergencia de nuevos interrogantes y promete nuevos abordajes. Es importante recordar que la libido constituye una expresión económica de la pulsión sexual. En relación a ello Laplanche (2016) plantea que esta energía, la libido, interviene en fenómenos muy diversos y a menudo muy alejados del acto sexual. Esto fundamenta el interés por el lazo social que se trae para estas cuestiones. De modo que Eros y sexualidad denotan su importancia como constitutivos de los lazos sociales, en detrimento de otra fuerza que pugna por deshacerlos y alcanzar la satisfacción sin miramientos por algún límite señalado por la presencia de un otro. Así pues, ambas fuerzas se entrelazan en mayor o menor medida y no sin consecuencias.

Freud (1995) afirma que en su teoría opera de continuo con una gran X, a la vez que admite que los procesos anímicos se llevan a cabo con energías que presentan

10

diferencias cuantitativas, enunciado que da fundamentos a la perspectiva que se adopta en el presente ensayo. Deja entonces, abierta la posibilidad a nuevas lecturas sobre lo que acontece en la economía libidinal. Entonces, el fin, pero como aporte y apertura para futuras contribuciones, es interrogar a las adicciones a las drogas insertas en las nuevas configuraciones del lazo social. Este último se caracteriza por no disponer en la actualidad de una solidez tal que promueva algunas renuncias pulsionales. A su vez y en vistas de la consideración respecto a las características y de los modos de hacer lazos, se suscita la puesta en cuestión de unas disposiciones narcisistas en el sujeto. Esta es una herramienta de lectura con la que contribuye Freud (1992) junto con el planteo acerca de que un fuerte egoísmo preserva de enfermar, aunque a continuación el autor destaque que habría que empezar a amar para no caer enfermo. A su vez, esta idea erige un fundamento que permite interpelar a los individualismos imperantes en la actualidad. Por lo tanto, el narcisismo se ubica aquí como el “complemento libidinoso del egoísmo” (Freud, 1992, p.222). Es decir, aparece en estas cuestiones ineludiblemente, un movimiento libidinal en el que si el narcisismo opera como una colocación de la libido, esta podría ser necesaria pero no suficiente, por lo que implica de por sí una dificultad en el lazo con otros. ¿Por qué introducir la noción del narcisismo y con qué fundamentos? El concepto del narcisismo supone que hay una energía sexual que puede ubicarse en el yo. A saber, que en un contexto social y epocal, en que todo se propone como posible mediante el mérito individual, se promueve un agrandamiento del yo, y toda la energía psíquica sexualizada, del orden de lo libidinal, puede incurrir en un descuido de los vínculos con otros, de la investidura de estos otros. De tal forma es que, al ubicarse la libido en el yo, contribuye con hacer del individuo un ser omnipotente, que desconoce de límites a su poder y a su voluntad. Puede darse así, un nuevo carácter a la idea del individualismo, ya que como la libido se coloca en el yo, se descuidan los lazos sociales. Entonces, de ahí a que estén dadas las condiciones para entender a las adicciones a las drogas como una práctica sexual, masturbatoria hay un solo paso. Así pues, con el acrecentamiento yoico, una reflexión posible es que por la vía del narcisismo se rechaza el orden de la imposibilidad y la falta. En este sentido, siguiendo a Lacan (2008), esta falta es estructural y necesaria para sostener el deseo que mueve al sujeto en su andar y en su decir. Sin embargo la tendencia deseante puede a veces detenerse, contribuida por una dinámica social que alienta a que el individuo no vacile ante la posibilidad de

satisfacerse, y el problema resulta de que la satisfacción inmediata se convierte en casi un mandato, un imperativo que deriva en detener la movilidad de la libido. En tanto nada es imposible, hallará entonces el objeto que se le ofrece para colmar la falta estructural, aunque esto no sea más que una ficción, un engaño.

En definitiva, el movimiento libidinal de investidura de un otro, sería propicio para construir un factor que opere de límite a este narcisismo que dadas ciertas circunstancias, puede operar como estasis y estancamiento libidinal de manera que el hacer lazo podría favorecer la movilidad de la energía sexual. Mientras opere un límite que restringe la carga psíquica del yo, habrá lugar para investir un deseo.

Por su parte, si bien no se ampliarán aquí cuestiones en lo referente al amor, es ilustrativo de la época actual y su consecuente individualismo destacar una frase bíblica y de universal nombradía que toma Freud (1992) para interrogarla y en esto se lo sigue. El precepto amarás al prójimo como a ti mismo. ¿Por qué tendríamos que hacerlo? ¿De qué podría servirnos? Pero, ante todo, ¿Cómo llegar a cumplirlo? Y puede agregarse ¿qué subyace a este mandamiento si es leído con las coordenadas de la época actual? En tanto que hay otro, al que hay que amar, pero el parámetro es el “mí mismo”. Subyace al mandato un individualismo acorde a las pasiones. Se debe amar al prójimo, pero a la medida de uno mismo porque se sigue a la incitación del discurso en boga del amor propio y valerse por uno mismo. Se trata en estos asuntos, de una cuestión de cantidad y distribución libidinal. Y se sabe que lo que opera con cantidades es justamente el aparato psíquico. Asimismo, cuando la carga libidinosa del yo sobrepasa cierta medida, lo que podría aparecer como el aquí mencionado individualismo, la vida anímica se ve forzada a traspasar las fronteras e

11

investir de libido objetos exteriores. No renunciar a este narcisismo implica desconocer que hay otros que ponen restricciones al todo es posible, que imponen una regla, una ley. Elegir escribir sobre el lazo social no es ingenuo, también implica remitirse a un orden que pone de relieve lo que justamente pugna por ligar y enlazar lo que anda suelto en tanto que “las pulsiones no obedecen al tipo del proceso nervioso ligado, sino al del proceso libremente móvil que esfuerza en pos de la descarga” (Freud, 1995, p.34). En vistas de ello, Laplanche (2016) aclara que la ligazón designa a nivel del aparato psíquico una operación que tiende a limitar el libre flujo de las excitaciones, a constituir y mantener formas relativamente estables. Por lo tanto, si Freud (1955) establece que los procesos no ligados provocan sensaciones mucho más intensas que los ligados, se dimensiona también la importancia de un otro humano, soporte del lazo social, que pone límites para que acontezca un efecto de ligazón pulsional. Los términos de límite, regulación y ligazón podrían considerarse homólogos en el sentido en que aquí se establecen.

un sistema de elevada investidura en sí mismo es capaz de recibir nuevos aportes de energía fluyente y trasmudarlos en investidura quiescente, vale decir, “ligarlos” psíquicamente. Cuanto más alta sea su energía quiescente propia, tanto mayor será también su fuerza ligadora; (Freud, 1995, p.30).

En cierto sentido no parece aquí falta de fundamentos suponer que el espacio social podría operar al modo de un sistema libidinalmente investido que permita introducir el acontecimiento de la variabilidad en la repetición, que conlleve también un espacio de creatividad, e invención, también de renovación en el fenómeno de las adicciones a las drogas que a simple vista aparece como mero acontecer repetitivo. Si se sostiene aquí que los tóxicos callan, silencian y obturan, se presenta la posibilidad poner a jugar el término a

dicción para seguir abriendo interrogantes. ¿Qué testimonia el sujeto obturado en su

subjetividad por las sustancias tóxicas? Un testimonio que falta o que falla, pero insiste y se deja leer por una escucha ética y no taponada por el sesgo moralista. ¿Es la adicción entonces lo único que tiene a su alcance para decir algo? A modo de intento fallido de ligar algo de lo que no hace lazo libidinal sino con lo que se ofrece como droga para su consumo y satisfacción en un contexto solitario, exigente y difícil de soportar. Si se sostiene que las adicciones a las drogas remiten a una pulsión de muerte y que en tanto adicción, aparece desarticulada en un puro silencio, que se considere desde el punto de vista psicoanalítico es una invitación a que algo alcance a articularse en la palabra e interpelar algunos fundamentos. Un espacio prometedor para la apertura de acciones subjetivantes para estos fenómenos clínicos silenciados.

Entonces unos lazos sociales consistentes e investidos pueden operar como marco de contención de una energía de excitación que liberada aparece como peligro interior para la vida anímica. ¿En qué consiste tal peligro? Este peligro interior que supone unos elevados montos de tensión, genera sufrimiento en acto por no encontrar una delimitación para los excesos más que a modo de un *cortocircuito*. Así es que una fuerza constante que opera desde la pulsión, abre paso a la impulsividad si no se renuncia a una satisfacción total, que en tanto nunca se alcanza, la impulsividad se repite. Por lo tanto, es el sobrepaso de cierto umbral de tensión en lo anímico lo que constituye este peligro displacentero, del cual resulta un medio de protección que una dosis de investidura se dirija hacia el exterior dispuesta a hacer lazo. En las adicciones que aquí convocan a pensar estas cuestiones, el lazo a la droga se vuelve atadura, y con carácter de fijeza inmoviliza e imposibilita el despliegue de un discurso. En contraposición a esto último, lo que se muestra son excesos como único modo de hacer con ese peligro interno que es límite entre lo corporal y lo anímico y por eso pone en juego un impacto en el cuerpo.

Se sostiene por tanto la posibilidad de pensar la amalgama existente entre la estructura psíquica y ciertos procesos sociales que enmarcan a las adicciones a las drogas. Berenstein (2021) observa en la actualidad una renuncia al lazo social junto a una coalescencia con objetos tóxicos de consumo a la vez que ubica a la época como signada por la caída de ideales y la debilidad de los lazos sociales. Sin embargo, cabe agregar que

12

la caída de unos ideales, no implica que se carezca de ellos, sino que con las mutaciones históricas, y los cambios epocales, estos se renuevan, y operan de formas diferentes. “La idealización es un proceso que envuelve al objeto; sin variar de naturaleza, este es engrandecido y realzado psíquicamente. La idealización es posible tanto en el campo de la libido yoica cuanto en el de la libido de objeto” (Freud, 1992, p.91). Así pues, escoltado por un incremento del narcisismo ¿puede pensarse una tendencia a colocar al propio yo en el lugar de esos ideales?

Retomando la pregunta, que no deja de estar considerada en todo lo que aquí se establece, acerca de si son las adicciones un modo de práctica sexual que prescinde de un otro, se propone pensar en relación a ello las similitudes de la erótica de la adicción a los tóxicos con un grado máximo de satisfacción y descarga que se anhela alcanzar vía la sustancia y que puede ser comparable al orgasmo. En vistas de ello, Freud (1995) plantea una experiencia que comporta el grado máximo de placer asequible y este es, el del acto sexual, y que va unido a la momentánea extinción de una excitación extrema. Por su parte, Fromm (1956) articula que el orgasmo sexual puede producir un estado similar al provocado por un trance o los efectos de ciertas drogas. La cuestión es que el orgasmo en este sentido y desde una lógica pulsional, puede también operar como metáfora de la muerte. Contribuye a esta idea que la sensación de nivel cero de tensión posterior al orgasmo, en francés, se denomina la *petite mort*. De este modo la pulsión de muerte expresa sus intenciones articulada a la erótica de la satisfacción. A esto se añade

que cualquier parecido con el intento de huida de la vida por la vía de las sustancias no es pura coincidencia con ese estado de tranquilidad absoluta.

Lo cierto es que para pensar la dimensión del Tánatos, de la pulsión de muerte en el contexto del lazo social, y reflexionar sobre cómo se entrama y se inserta en el plano de las relaciones sociales, cabe apartarse del sentido común y en ello se sigue a Lutereau (2021) que afirma que la pulsión de muerte no significa querer matar a todo el mundo sino que se relaciona con una condición mortífera que asume el deseo cuando solo puede realizarse de una única manera. Aparece así, como fijado en un objeto, aunque esto permite la apertura a la pregunta, ¿la fijación se produce en el objeto droga o en la satisfacción que esto genera al yo? ¿Es el problema la sustancia en sí? Pausada la libido, el deseo pierde la movilidad que caracteriza a lo vital cuando las excitaciones circulan en lo anímico en montos proporcionados.

Puede pensarse que, al requerir de la droga para volver a experimentar algo de placer, esto abandona el plano del deseo y se entrama en un orden de apremio de necesidad, en el sentido en que es sabido que estas dos dimensiones se diferencian. Aparece una dificultad para sostener un movimiento porque la necesidad debe extinguirse, la satisfacción tiene que aparecer de inmediato. A fin de cuentas, si en lo anímico existe una tal compulsión, esta se instaura también en cierto aspecto, como una característica misma e inherente de la pulsión. Así es que sostiene Ritvo (1994) que lo esencial de la pulsión es que haya una fuerza pulsional perentoria en juego. En vista de ello, Freud (1995) adscribe una compulsión de repetición que insiste, buscando satisfacer alguna moción que sin la marca de los límites, aparece como tendencia a la descarga a cero de los niveles de tensión psíquica. Esta última coincide con la satisfacción que se acompaña de un retorno a lo que alguna vez fue la máxima quietud, cuando el aparato psíquico aún no experimentaba ningún nivel de tensión, es decir lo inanimado, la muerte. Por lo tanto, ¿qué es lo que anima al consumo de drogas tóxicas sino dicho estado de suprimir las tensiones, de alcanzar el punto cero de excitación? “Entonces, el aparato psíquico está forzado a buscar la repetición de un estado inicial” (Ritvo, 1994, pp.23-24). ¿De qué orden es esta situación inicial? Su similitud con la muerte emerge también si se sigue la idea freudiana de que antes de la vida estuvo la quietud que caracteriza a la muerte. Por su parte, en lo que respecta a la compulsión, se vuelve a Freud (1995) para interrogar una función preparatoria destinada a acomodar la excitación para luego tramitarla. Esto constituye una invitación a pensar que en las adicciones también podría tratarse de repetidos e insistentes intentos de elaboración y de volver apta la cantidad de excitación para su tramitación psíquica. Aunque fallido, este designio manifiesta cómo podría venir a operar el análisis

13

allí, con la intervención del analista y el espacio analítico como apertura de una escena que represente un lazo posible. Un lugar que inaugure un decir y fundamentalmente que marque un espacio de escucha, que funcione como coordenada y brújula a un sujeto desorientado, con referencias escasas. A este proceso no contribuyen, en la época contemporánea, unas fuerzas externas que desde los lazos sociales aporten su fuerza de cohesión, y por su parte tampoco se encuentra un límite a lo pulsional dichas circunstancias. Se engendra así el fenómeno que se manifiesta en un requerimiento de cantidades en aumento de droga en cuestión, dando cuenta de una enigmática tendencia en el sujeto a exponerse una y otra vez, de repetir la situación destructiva de consumir una sustancia que le es tóxica pero que en su consumo lo acerca a cierta satisfacción y calma. Si los niveles de tensión anímica se vuelven insoportables, y se recurre a un modo de descarga directa que a su vez ubica al sujeto en una posición de padecimiento “una forma de padecer ha sido relevada por otra, y vemos que únicamente interesa poder retener cierto grado de padecimiento” (Freud, 1992, p.172). Se esboza aquí el intento de una ganancia económica, aunque se pierda por otro lado, por el lado del

sufrimiento psíquico.

Pero si este esfuerzo por repetir una situación que había existido una vez, de volver a un estado anterior similar a la muerte fuera la única forma de operar de lo anímico ¿qué sería entonces lo que motiva a los seres humanos a seguir viviendo? En tanto que el hipotético estado anterior al que se tiende a volver, aparece como inalcanzable cada vez es porque otras fuerzas lo contrarían, de modo que unos montos libidinales operan en sentido contrario. Una pulsión de vida que cohesiona y que es ocasión de ligazón, también promete una posibilidad de lectura y tratamiento como modos de hacer con el fenómeno de las adicciones a las drogas mediante el fortalecimiento de estas fuerzas cohesivas. Aunque nunca será una cohesión sin fallas. Por lo que si se propone la lectura psicoanalítica, en esta repetición, se vislumbra una posibilidad de intervención, porque se marca la potencia de una diferencia, pero no en el sentido de la promesa de un bienestar absoluto.

III. Erótica de la palabra.

*Son cajones que se cierran para que nadie los vea.
Son palabras que no pude decir.*

Entre las consideraciones de una economía de la palabra que no puede pasar por alto el psicoanálisis, se sigue a Lutereau (2021) con que el lazo social también es una noción amplia para nombrar relaciones y puede abarcar también formas de hablar o estilos comunicativos. De ahí que se plantea la posibilidad de suponer algo no dicho en las a

dicciones a las drogas, porque si cuando se dice, se dice a otros, se carece aquí de la certidumbre de que haya un otro habilitando la experiencia de una palabra. En este sentido se piensa el uso excesivo de tóxicos desde esta pulsión ilimitada, porque según Berenstein (2021) en estos fenómenos como la palabra no acontece, no tiene la incidencia de poder marcar un límite y es así que la no inscripción de este límite simbólico va anulando el movimiento de hacer existir un lugar para un interlocutor. Vale aclarar que si la palabra representa aquí un límite, es en el sentido de que lo que puede ponerse en palabras son siempre aproximaciones, nunca se alcanza a decir el todo, y allí toma su fundamento el análisis para poner a trabajar a las imposibilidades.

No debe olvidarse que los inicios del psicoanálisis se apoyan sobre la *talking cure*, la cura por la palabra que apuntaría a que toda la energía libidinal psíquica se vuelque en el decir. Pero esto lleva hacia la encrucijada que supone plantear un modo de lectura de lo que acontece en las drogadicciones, ya que esta es una clínica que se liga al acto en tanto se encuentra allí más comprometido que la palabra y es un actuar que a su vez, se disocia de la figura de un otro. Se remarca la dimensión de este actuar como “sentimiento de actualidad, tanto más vivo cuanto que desconoce su origen y su carácter repetitivo”

14

(Laplanche, 2016, p.10) es justamente este querer vivenciar una y otra vez que se reitera en las adicciones a las drogas. Puede pensarse entonces, que hacerlo pasar por el discurso y ponerle palabras, sería un movimiento importante para inscribir algo en la historia del sujeto.

Cuando la palabra se ve impedida, la lectura se abre en la dimensión del silencio y del cuerpo, entonces el analista asume el desafío de propiciar un decir aun allí donde la corporalidad y el silencio se ponen en primer plano. Se ponen en juego también los límites de la práctica, con la relevancia de no llegar a imponer una significación precipitada. Si

bien, una propuesta de intervención analítica apuntaría a que algo del orden del decir acontezca, para poder dar drenaje al sufrimiento psíquico, cabe siempre sostener un vacío en el decir, sin la pretensión de obturar todo de sentido con la consecuente importancia de una apertura a la incomprensión y a lo que eso produce. Se trata de dejar ese espacio para una falta que es lo que puede permitir que lo nuevo acontezca y se iría a contramano de la tendencia actual que apunta a reafirmar el individualismo y la ambición meritocrática. A esto se suma, que los tiempos actuales acompañan con un notable incentivo a lograrlo todo, sin cuestionamientos, solamente acatando una pulsión de consumo y satisfacción. En este marco y a modo de artificio pueden operar ciertos objetos. En este caso las sustancias tóxicas funcionan como engaño, con miras a obturar este encuentro con lo que constituye al sujeto como tal, a saber, que hay una falta que es estructural y que ningún objeto a consumir puede colmar sino sólo como anestesia momentánea a los afectos más singulares. Es decir, en cierto modo como anestesia del deseo y de lo que mueve al sujeto en la vida, incluyendo sus angustias, su historia, sus relatos.

La palabra misma tendría la propiedad de ubicar algún límite a la pulsión, que de lo contrario, tiende a encontrar un modo de tratamiento en la a-dicción por medio de la impulsividad de un acto que se aleja de las coordenadas del deseo. Esto sucede ya que todo deseo, desde la concepción lacaniana, impone una *mediatización*, por ende “solo es posible reconocer el propio deseo cuando se lo articula en la palabra (Evans, 2018) y a su vez, la palabra supone la presencia de un otro.

Por su parte, lo que puede ponerse en palabras siempre encuentra un límite a diferencia de lo que es del orden del acto, que se liga al empuje de la pulsión que no reconoce un dique que la contenga. Por ende, a menos lazo, que se traduce en la ausencia de un otro que escuche, aloje y opere de contorno a este monto pulsional, emerge más el acto, la impulsividad, y los excesos. Puede notarse cómo en la dimensión del decir se retoman los mismos fundamentos que se sostienen respecto a la pulsión. Si lo que es adicción en acto no alcanza la medida del decir, se vuelve del orden de lo actual e impide que el sujeto logre la tramitación de los montos de las tensiones psíquicas que son efecto de lo pulsional, para de tal forma poder inscribirlo en su historia en tiempos de predominio de lo actual. Si lo que se historiza es aquello que se inscribe, entonces ¿lo actual sería aquello sin inscripción psíquica? Y el acto de drogarse sería pues cada vez y en mayor medida, pura actualidad. Por lo tanto, desenganchado del decir, porque es de otro orden que lo que se puede poner en palabras, no pasa aún por el terreno de lo discursivo. Justamente y para dar algún sentido a este acontecer, retomando a Pommier (2021) el lazo social se crea cuando hablamos a alguien. Nuestra existencia se basa en la palabra y nuestra palabra siempre está dirigida a uno de nuestros vecinos. ¿Qué posibilidad de inscripción psíquica tiene lo que no se dice? ¿Qué entidad se da a lo que no aparece en el decir? Ya que siguiendo al mencionado autor nos buscamos a nosotros mismos a través del lazo social, es decir, de lo que nos une con los demás. Estas disposiciones a la unión se ponen en entredicho en el actual capitalismo con los nuevos modos de habitar los espacios y los lazos, de ahí el interés en considerar las adicciones a las drogas como un fenómeno de antigua data pero que encuentra su auge y algunas coordenadas particulares para pensarlo en la época actual. Entonces como resultado de que no se establezca un lugar para formular palabra alguna, justamente por no aparecer un lazo social como soporte y escucha, algo quedará no dicho, no ligado y se manifestará como sufrimiento en un acto repetitivo.

Por su parte, se acuerda con Hurtado Diaz (2008) en que la mezcla pulsional constituye, un sujeto escindido entre su palabra y la pulsión, en quien se encuentran, de un lado, su empuje siempre dispuesto a destruir; y, de otro lado, su palabra, su posibilidad

de alcanzar fines que establecen lazos más fuertes y duraderos entre los seres humanos. La palabra aparece como el ruido, y en contraste, la pulsión de muerte des-mezclada de la pulsión de vida se expresa de forma silenciosa en la vida del sujeto. Introduce un modo particular de satisfacción pulsional directa, callada y solitaria. Encontramos pues, que puede suceder que lo erótico no ligue al componente destructivo y entonces, hay intrincamiento pulsional, así por tanto, puede haber des-intrincamiento. Esto último, puede saberse por sus efectos, por sus consecuencias clínicas, en las que aparece la tendencia a los excesos. En consecuencia se deja leer una pura pulsión tanática en cuerpos adictos, silenciados y solitarios característicos de la época actual. Sin embargo la pulsión tanática no debería pensarse como pura negatividad, sino que en su suministro necesario, en su unión con las pulsiones de vida es ineludible en la vida psíquica.

Es fundamental aclarar que este juego de tensiones psíquicas tiene estatuto de inconsciente. De lo contrario se podría llegar a conclusiones que supongan que es desde la voluntad que opera esta compulsión y se caería en discursos que establezcan que tener la intención de aminorar una adicción a las sustancias sería condición suficiente. Tal modo de leer los acontecimientos podría ser sumamente iatrogénico, pero iría en la línea que caracteriza a los lazos modernos y el sistema social capitalista, ya que siguiendo a Bauman (2003) los problemas deben y solo pueden ser enfrentados individualmente, porque ya no hay grandes líderes que digan qué hacer. En el mundo de los individuos, solo hay otros individuos de quienes se puede tomar el ejemplo de cómo moverse en los asuntos de la vida, cargando individualmente con toda la responsabilidad.

Si aquí se expone el factor del lazo social característico de una época determinada, haría falta poner en consideración que, si bien todo sujeto dispone en lo anímico de un montaje pulsional, no hay para ello manual universal acerca de su funcionamiento psíquico, sino que la deriva de tensiones, cargas y descargas de los niveles de excitación, tendrá el sello de cada acontecer singular. Por ello es que también tomando la distinción de Bleichmar (2009) entre subjetividad y psiquismo, se puede circunscribir la esfera de acción posible de un psicoanálisis comprometido y pasible de aceptar sus límites, ya que intervenir al modo de fomentar una revolución hacia la raíz de la problemática social de la mutación de los vínculos en el sistema capitalista, excede por mucho su área de intervención. Sin embargo, aunque se diferencia la organización psíquica y las condiciones de subjetivación, es decir, los escenarios socio históricos y vinculares, cabe destacar que estos últimos son condicionantes ineludibles de la estructuración psíquica, de ahí la importancia de su consideración.

Por su parte dar por supuesta una crítica desesperanzadora y ya establecida a los modos sociales de relacionarse los seres humanos, deja de lado la posibilidad de interpelar qué lugares cumplen allí ciertas problemáticas, y obtura los medios para abrir un trayecto de abordajes posibles. De tal modo se caería en un pesimismo que cercena la capacidad de cuestionar los fenómenos que emergen en la actualidad como padecimientos subjetivos.

La apuesta a pensar desde los términos del psicoanálisis a la presente problemática no implica que haya un psicoanálisis específicamente de y para las adicciones, sino que refiere a un movimiento más amplio, una epistemología, uno de los modos de lectura y de abordaje del sufrimiento humano entre otros. A su vez es importante que este punto de vista acepte sus limitaciones y ante una problemática tan amplia se limite a esbozar algunos argumentos y conexiones que contribuyan a una interpretación posible.

IV. Vestigios de realidad y malestar subjetivo.

A fin de cuentas, si las disposiciones pulsionales que aquí se describen en diferentes proporciones y con entrelazamientos variables, son propias del ser humano

marcado por la cultura y que habita un espacio social, cabe cuestionarse entonces ¿la gente no establece lazos de ningún tipo? ¿acaso no deberían ser todos los individuos unos adictos? Sin embargo los mismos hechos desmienten esta hipótesis. Esto remite a que si bien se expone, a partir del manifiesto individualismo en la actualidad, la idea de que los lazos sociales se hallan más fragmentarios y relegados que antaño, hay por su parte un orden cultural que todo ser humano habita necesariamente y del que intenta a veces desembarazarse.

Los desarrollos del psicoanálisis destacan que, desde el nacimiento, por la prematuridad propia del ser humano, se requiere de un otro que asista para sobrevivir. Asimismo, la estructuración psíquica citada a lo largo del presente texto, es desde los inicios que se ve posibilitada por la presencia de ese otro que favorezca, contribuyendo a tramitarlas y elaborarlas, algunas inscripciones psíquicas que operaran en el recorte singular que se haga de la propia historia.

Por tanto, como no es propio del psicoanálisis adoptar una lectura que pretenda dar respuestas totalizadoras, sino aportar algunas herramientas teóricas que contribuyan a pensar el caso por caso, se hipotetiza que cada individuo podrá soportar de diferentes maneras las tensiones que el vivir en sociedad le imponga. Ya anunciaba Freud (1992) que en lo anímico una de las funciones de la fantasía se puede corresponder a la institución de «parques naturales», de «reservas» que podrían pensarse como un espacio sustraído del pesar de la realidad que se impone. Por tanto, en su condición de ser cultural, el hombre buscará los medios para alcanzar una satisfacción, aunque para ello se valga de dicho paréntesis en la realidad que sea prometedor en este sentido. Esto sucede ya que la cosa no marcha para el ser humano atiborrado de cultura y exigencias sociales sin estas construcciones auxiliares que son las fantasías. Sin embargo, en lo que hace a la satisfacción en el orden de las adicciones, ¿por qué no interrogar si sería un intento análogo? Tendría fundamento en esta búsqueda de soportar la realidad de la que todo ser humano necesita a veces en cierto modo huir, pero los efectos conseguidos por esta vía, acarrea otras consecuencias.

Siguiendo las coordenadas epocales, aunque ya lo mencionaba el maestro Freud (1992) y asume total vigencia en la actualidad, el sufrimiento siempre está a la expectativa. Amenaza por tres lados: desde el propio cuerpo condenado a la decadencia, del mundo exterior, capaz de encarnizarse en nosotros con fuerzas destructoras y por fin, de las relaciones con otros seres humanos. Afirma también, que el sufrimiento que emana de esta última fuente quizá nos sea más doloroso que cualquier otro. Se vuelve entonces, al fundamento que afirma que los lazos no desaparecen, sino que estos se tornan un poco más sufrientes. El autor establece que, ante estas circunstancias, el hombre suele rebajar sus pretensiones de felicidad, sin embargo y para discutir con esta sentencia, puede establecerse que el siglo XXI con el impulso a lograrlo todo y a la felicidad casi obligada, contribuye a incrementar el narcisismo. En tanto se sabe que el hombre no de buena gana abandona una posición libidinal, su yo investido de energía sexual a la vez que renuncia a reconocer que hay otros que limiten sus anhelos desmesurados, buscará las vías alternativas para la conquista de felicidad ya que se ve alentado a un hedonismo que propone el éxtasis del supuesto bienestar absoluto. Entonces Freud (1992) establece que, por la vía de los narcóticos, puede tornarse insensible al sufrimiento que le deparan las exigencias culturales y aferrarse a las sustancias tóxicas que aminoran el malestar y prometen felicidad a un sujeto que tiene el afán de liberarse del pesar cotidiano. De lo contrario deberá soportarlo individualmente y como el único responsable de las circunstancias, lo que se diferencia de la importancia de implicarse y responsabilizarse de lo que de deseo hay en su actuar. Los tóxicos se anticipan a esto último anestesiando el propio deseo.

Finalmente, no puede obviarse que las adicciones a las drogas requieren de un

trabajo interdisciplinario, ya que pensar al sufrimiento subjetivo y psíquico, marcado por unas disposiciones inconscientes, una historia singular y una época no puede dar lugar a abordajes unicausales y unidisciplinarios. Por el contrario, siguiendo con la maravillosa definición que establece Stolkiner (1987) la interdisciplina nace de la indisciplina de los

17

problemas que se nos presentan actualmente, en su dificultad de ser encasillados, se presentan como demandas complejas y difusas que dan lugar a prácticas sociales inervadas de contradicciones e imbricadas con cuerpos conceptuales diversos. La interdisciplina es transversal a la formación profesional, y desde la dimensión artesanal de la práctica, más aún en las encrucijadas en que la palabra se haya encriptada en el regocijo del acto no mediado por un decir, se requieren analistas que hagan sus apuestas al sujeto y al trabajo conjunto con otros profesionales ante la dificultad del caso por caso.

Reflexiones Finales.

A modo de conclusión de lo que no concluye, sino más bien se convierte en apertura para seguir pensando las realidades actuales y los entramados del sujeto psíquico en las adicciones a las drogas, cabe retomar algunos lineamientos importantes. Un primer orden de dificultad lo plantea el no poder dejar de lado que cuando se habla de aparato

psíquico, este no puede pensarse desligado del sujeto que le da su soporte. Esta idea es puesta de manifiesto en el presente escrito como un asunto de efectos, de lo que expresa un juego de fuerzas pulsionales, tanto por la vía de la deriva asociativa mediante la palabra y el decir o caso contrario, por la vía del puro acto sin mediación. En vistas de lo aquí considerado, el aparato psíquico como aparato de cargas, de excitaciones, encuentra los modos propicios de revelar aquellas fuerzas que allí operan más allá de la propia voluntad del ser humano. Por su parte, es en este juego de energías inconscientes que se inscriben las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte como tendencias opuestas que operan en una mezcla de magnitudes variables pero que a su vez pueden desligarse y hallar algunas expresiones patológicas. En este marco y con tales fundamentos, se incluye a las adicciones en las encrucijadas de la época. Además, en relación a ello, aparece en el despliegue del texto, el término ligazón como una vía asociativa en la cual confluyen múltiples ideas.

Por un lado, se aborda el concepto de lazo social como la posibilidad de hallar en otros la potencia de establecer un lazo pulsional y ligar la energía de la pulsión que como esfuerzo perentorio es de la índole de lo “libremente móvil que esfuerza en pos de la descarga” (Freud, 1995, p.34). Tal acontecimiento se pone en entredicho en la época actual en la que los lazos parecen perder solidez. Se contribuye entonces a un movimiento libidinal en el que la energía psíquica es situada en el yo incrementando el narcisismo en vez de investir a un otro para darle entidad al lazo social. Por eso se insiste en que no da lo mismo el escenario epocal y social, en tanto hay un discurso social que avala cierta economía libidinal en las adicciones a las sustancias ilegales.

En base a los descubrimientos freudianos, se sabe que, si no se halla una forma de poner coto a la pulsión, esta se expresara hasta sus últimas consecuencias como tendencia hacia la descarga total de excitaciones del aparato psíquico. Pero un aparato sin tensiones es lo característico del estado de la muerte, de una quietud absoluta que a la vez coincide con la satisfacción total. Entonces, en definitiva, la no renuncia a la satisfacción pulsional se aproxima al fin de las excitaciones. Esta idea da fundamento al concepto de pulsión de muerte como fuerza psíquica, primordial y demoníaca que pulsa en el psiquismo y tiene como fin la desunión de las unidades, volver a lo inanimado, pero en su mezcla y ligazón con la pulsión de vida, aunque también puede desligarse.

El modo en que las pulsiones de estas dos clases se conectan entre sí, se entremezclan, se ligan, sería totalmente irrepresentable aún; empero, que esto acontece de manera regular y en gran escala, he ahí un supuesto indispensable dentro de nuestra trabazón argumental. (Freud, 1992, p.42)

Entonces, en tanto no se cuente con la posibilidad de que un otro contribuya a situar una renuncia pulsional y ubique la inscripción de un límite para aquello que encuentra en los excesos un modo de expresión, la tendencia a huir del pesar de la realidad por la vía de las adicciones a las drogas será una forma de hacer drenar ese montaje pulsional. Esto último, será a costos que el sujeto deberá pagar demasiado altos.

Por otra parte, en estos fenómenos, el sufrimiento se expresa en acto y deja por fuera a lo que es del orden del discurso. Si no se encuentra en el orden del lazo social, el espacio de enlazar una palabra con un otro que aloje ese decir, porque impera el individualismo que deja al sujeto a solas con su sufrimiento, entonces quedará como no dicho, como a-dicción. Tras estas consideraciones, el psicoanálisis apunta a que se recupere algo de una palabra que en esta problemática se halla subsumida en un más allá de todo límite, hasta desaparecer.

cumplir una función en el contexto de un discurso que desintegra los lazos sociales y propone objetos de consumo. Puede estimarse que esta maniobra se vale de lo más constitucional del sujeto que apunta a evadir ese encuentro con algo que le es muy propio, es decir, unas disposiciones pulsionales que requieren de ciertas limitaciones externas. Además, es interesante reflexionar que, en ocasiones, la pulsión de muerte podría mostrar sus vestigios des-mezclada de la pulsión de vida y en este ensayo, se ha considerado a dicha pulsión tanática como esa fuerza de desunión manifiesta en las nuevas características que adquiere el lazo social en la actualidad.

Entonces, en este orden de acontecimientos, se establece la idea de que en la repetición que según Freud (1995) procura perfeccionar el dominio de lo pulsional, puede captarse la posibilidad de un movimiento habilitante. A saber, un movimiento que difiere del camino hacia la satisfacción por la vía de la descarga total del aparato psíquico como aquel estado que se asemeja a la muerte. Es en este marco, de la repetición que busca una diferencia, que el psicoanálisis es convocado a pensar un modo de abordaje, e interpelar a las adicciones como cumpliendo una función en la realidad actual, develando el modo en que se entrelaza lo psíquico y la realidad social.

En este contexto y ante las frustraciones inherentes a la realidad y a la cultura, el intento de huida por medio de las drogas cuando se presentan como promesa de felicidad, puede volverse parte de una economía libidinal que haga uso en exceso de ellas. Se configura así un movimiento de repetición que se vuelve mortífero por no hallar la imposición de un límite, de una regulación. “Los consumidores están corriendo detrás de sensaciones placenteras, (táctiles, visuales, olfativas). Tratan también de escapar de la angustia que causa la inseguridad. Lo adictivo aparece así destinado a exorcizar la incertidumbre e inseguridad” (Bauman, 2003, p.87). Asimismo, este acontecer hará nexo con todo el entramado pulsional que toma el carácter de adicción a modo de insistencia en el intento de hacer pasar por el decir lo que no entra en el orden de la palabra.

Tales desarrollos dan cuenta de la premisa que sostiene que las adicciones a las drogas en su aspecto más pulsional, podrían insertarse en un modo de enlace libidinoso con otros que haga inscripción de un límite. Sin embargo, en la actualidad, dicho devenir libidinal, se sustituye por la soledad de la satisfacción individual y a toda costa, alentada por el capitalismo posmoderno occidental. Este pensamiento se apoya sobre el interrogante acerca de qué función vienen a ocupar las adicciones en el contexto del lazo social, en tanto que en las drogadicciones la energética aparece como fuerza que tiende a un tipo de satisfacción directa que desconoce el lugar de un otro.

Considero que las temáticas que han sido abordadas en mi Trabajo Integrador Final tienen la intencionalidad de poner en relación la teoría y la época, en un importante y necesario compromiso de los desarrollos freudianos con el malestar subjetivo en la actualidad que difiere en mucho de la época en la que Freud postula su teoría. Sin embargo, tales desarrollos permiten nutrirse para pensar la práctica como futuros profesionales de la salud mental. Se trata de un pasaje que va de tomar el pensamiento de diferentes autores para poder formar una propia reflexión y una articulación temática personal. Así, se configura un discurso propio que permite poder ofrecer una lectura singular, crítica y reflexiva de un fenómeno que hoy en día nos compete como sociedad, tomando una posición que se separe del prejuicio, del sentido común o de una valoración moral. Es imprescindible para sostener la profesión, que haya una apuesta a un sujeto, aun allí donde la palabra parece estar extraviada en los recovecos de un cuerpo sufriente.

Es de suma importancia aclarar, que el psicoanálisis no consiste solo en el momento del encuentro entre un analista y un analizante una vez por semana, sino que se trata de habitar una lógica. Es una dimensión que se sostiene en una escena y por lo tanto los escenarios en los que se juega esa escena pueden ser de lo más diversos. Sin embargo, es fundamental leer los acontecimientos subjetivos, no como hechos aislados sino desde las coordenadas en que se enmarcan. Por tales motivos, en el presente

ensayo se ha destacado la cuestión del lazo social como marco de la problemática.

20

Referencias Bibliográficas

- Bauman, Z. (2003). Modernidad líquida. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Benedetti, E. (2015). Hacia un pensamiento clínico acerca del consumo problemático. Ediciones Licenciada Laura Bonaparte. Buenos Aires.
- Berenstein, V. Despertar e inventar en la adolescencia. Grama Ediciones. Olivos.
- Bleichmar, S (2009). La subjetividad en riesgo. Topia. Argentina. • Constitución de la Nación Argentina, 22 de Agosto de 1994.
- Evans, D. (2018). Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano. Paidós, Lexicon. Buenos Aires.
- Freud, S. (1992). Carta 79. En Obras Completas, Vol. 1, Amorrortu, Buenos Aires.
- Freud, S. (1930). El malestar en la cultura (1930). En Obras completas, vol. XXI.: Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1993). Introducción del narcisismo. En Obras completas, vol. XIV.: Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1992) Proyecto de Psicología. En Obras Completas, Vol. 1, Amorrortu, Buenos Aires.
- Freud, S. (1995). Psicología de las masas y análisis del yo (1995). En Obras completas, vol. XVIII. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1915) Pulsiones y destinos de pulsión. En Obras completas, vol. XIV. Amorrortu. Buenos Aires
- Fromm, E. (1959). El arte de amar. Paidós. Barcelona
- Guattari, F & Rolnik, S (2006). Micropolíticas. Cartografías del deseo. Traficante de Sueños. Madrid.
- Hurtado Diaz, C. (2008). La pulsión y el lazo social. Combinación de goce y deseo, lazo y fractura, amor y odio que se encuentran intrincados en el movimiento de las pulsiones. Universidad Simón Bolívar. Barranquilla, Colombia
- Lacan, J (2008). El seminario de Jacques Lacan. Libro 10: La angustia. Paidós. Buenos Aires.
- Laplanche, J. (2016). Diccionario de psicoanálisis. Paidós. Buenos Aires. • Ley N° 26.657. Ley Nacional de Salud Mental y Adicciones. Ministerio Nacional de Salud, Buenos Aires, Argentina, 2 de diciembre de 2010. • Lutereau, L. (2021). Fragmentos del lazo social. ¿Por qué vivimos tan solos?. Letras del Sur. Buenos Aires
- Lutereau, L. (2022) Miserias hipermodernas. ¿Por qué vivimos tan mal?. Letras del Sur. Buenos Aires.
- Ritvo, J.B. (1994). Repetición: Azar y nominación. Rosario. Editores de La Perra.
- Stolkiner, A (1987). De interdisciplinas e indisciplinas. Publicado en: Elichiry, Nora (Comp) (1987) El niño y la escuela. Reflexiones sobre lo obvio. Ed. Nueva Visión. Buenos Aires.

